



# La Roquecita

Novelita corta por Guy de Maupassant

I

EL peatón Mederico Rampel, á quien las gentes del país llamaban familiarmente Mederi, salió á la hora de costumbre de la administración de correos de Rony-le-Tours, y después de atravesar el pueblecito, con su gran paso de veterano, recorrió por los atajos las praderas de Villaumes para llegar á las orillas del Brindille, cuyo curso le conducía á la aldea de Corvelin, por donde empezaba el reparto.

Marchaba con rapidez siguiendo la margen del estrecho río, que se deslizaba produciendo apacible murmullo por su cauce de yerbas, bajo una bóveda de sauces. Los grandes guijarros, deteniendo su curso, formaban, en torno suyo, un collar de agua, una especie de corbata terminada en nudo de espuma, y á veces producían cascadas de un pie de altura, invisibles á ratos y que formaban bajo las hojas, los bejucos y un toldo de verdura, un ruido suave al par que colérico. Mas lejos los ribazos se ensanchaban y entonces se encontraba un apacible y pequeño lago donde nadaban las truchas entre toda aquella cabellera verde que ondea generalmente en el fondo de los arroyos tranquilos.

Mederico seguía siempre adelante sin ver nada y pensando únicamente en esto:

—La primera carta



es para la casa Poibran, y después hay otra para el señor Renordet; de modo, que tengo que atravesar el bosque.

Su blusa azul, ajustada á la cintura por un cinturón de cuero negro, pasaba con marcha rápida y regular sobre el soto verde de los sauces, y su bastón, sólido garrote de acebo, le acompañaba siguiendo el mismo movimiento de sus piernas.

Franqueó, pues, el Brindille, marchando sobre un puente formado por un solo árbol arrojado sobre el río y que tenía por única barandilla una cuerda atada á dos estacas clavadas en las orillas.

El oquedal, propiedad del señor Renordet, alcalde de Corvelin, el propietario más rico del lugar, era una especie de bosque formado por árboles añosos, enormes y enhiestos, como columnas que se extendían una media legua de longitud sobre la orilla izquierda del arroyo que servía de límite á aquella inmensa bóveda de follaje. A lo largo del agua, habían brotado grandes arbustos caldeados por el sol, pero en el oquedal no había más que musgo, musgo espeso, suave y blando que comunicaba al aire estacionado un ligero olor á mohó y á ramas secas.

Mederico moderó el paso, se quitó su kepis negro provisto de un galón encarnado y se enjugó la frente, pues hacía ya calor en las praderas, á pesar de no ser más que las ocho de la mañana.

Acábaba de cubrirse y de reanudar su paso acelerado, cuando vió al pie de un árbol una navajita de niño. Cuando iba á cogerla, vió también un dedal, y dos pasos más lejos, un alfilerero.

Mientras que cogía estos objetos, pensaba:

—Se los entregaré al señor alcalde. —

Y reanudó su marcha, fijando su atención en el suelo como si esperase encontrar alguna otra cosa.

De pronto se paró en seco, cual si hubiese chocado contra una barrera, pues á diez pasos de él yacía sobre el musgo, tendido boca arriba, un cuerpo de niño. Era, en efecto, una muchacha de unos doce años, con los brazos abiertos, las piernas separadas y la cara cubierta con un pañuelo. Un poco de sangre manchaba sus muslos.

Mederico, abriendo desmesuradamente los ojos, avanzó de puntillas como si hubiese temido hacer ruido, como si presintiese algún peligro.

¿Qué era aquello? ¿Dormía acaso la niña? Pero en seguida reflexionó que no es posible dormir completamente desnuda á las ocho de la mañana bajo una fresca arboleda, y en este caso, debía suponer que estaba muerta y que se trataba de un crimen. Ante esta idea, no obstante su cualidad de valiente veterano, un temblor frío recorrió su médula. Por otra parte, era cosa tan



rara en el país un asesinato, y sobre todo el asesinato de una niña, que no podía dar crédito á sus ojos. Además, no se veía en su cuerpo señal alguna de herida, sino sólo la mancha de sangre de su muslo. ¿Cómo la habían matado, pues?

Mederico se había detenido junto á ella y la contemplaba apoyado en su bastón. Ciertamente que la conocía, pues conocía á todos los habitantes de la comarca, pero como no podía verla la cara, no podía tampoco adivinar su nombre. Se inclinó para quitarle el pañuelo que le cubría el rostro; pero, de pronto detuvo su mano en el aire contenido por una reflexión.

¿Tenía derecho á alterar el estado del cadáver antes de la llegada del juez? El cartero se imaginaba á la justicia como una especie de general para quien nada pasa desapercibido y que da tanta importancia á un botón perdido como á una cuchillada en el vientre.

En aquel pañuelo tal vez se encontraría una prueba capital, aquello sería tal vez una fuerza de convicción que podía perder su valor una vez tocado por una mano torpe.

Entonces se irguió para correr á casa del alcalde, pero otro pensamiento le retuvo de nuevo. Si la muchacha estaba aún viva por casualidad, no podía abandonársela de aquel modo. Entonces Mederi se arrodilló muy despacito y á una prudente distancia tendió la mano hacia el pie de la niña. Aquel pie estaba frío, helado, con ese frío terrible que contribuye á hacer espantosa la carne muerta y que no deja duda en el ánimo. Al sentir aquella sensación, el cartero, como dijo más tarde, notó que su corazón palpitaba precipitadamente, y que su garganta se secaba, y levantándose bruscamente, echó á correr por el bosque hacia la casa del señor Renordet.

Marchaba á paso gimnástico, el bastón bajo el brazo, los puños cerrados y la cabeza inclinada hacia adelante, y su cartera de cuero, llena de cartas y periódicos, golpeaba sobre sus riñones con cadencioso movimiento.

La casa del alcalde estaba situada al extremo del bosque que le servía de parque y bañada una parte de sus muros por un pequeño estanque que formaba el Brindille en aquel lugar.

Era un gran edificio cuadrado, de piedra gris, que había sufrido asedios en otra época y del que formaba parte una enorme torre de veinte metros de altura, construída sobre el agua. Desde lo alto de aquella ciudadela se vigilaba antaño todo el país. La llamaban, sin que se supiese por qué, la torre del Zorro, y de este apelativo provenía sin duda el apellido que llevaban los propietarios de aquel feudo que, según se decía, pertenecía á la misma familia hacía más de doscientos años, pues los Renordet formaban parte de aquella burguesía casi noble que se encontraba frecuentemente en provincias antes de la Revolución.

El cartero entró de rondón en la cocina donde almorzaban los criados y dijo:

—¿Se ha levantado el señor alcalde? Tengo que hablarle en seguida.—

Se sabía que Mederi era hombre de peso y de autoridad, y se comprendió en el acto que alguna cosa grave ocurría.

Avisado el señor Renordet, se le ordenó que pasase, y el paetón, pálido y jadeante, con la gorra en la mano, encontró al alcalde sentado ante una **gran mesa cubierta de papeles desparramados.**

Era el alcalde un hombre alto y grueso, coloradote, ordinario, fuerte como un buey y muy querido en el país, á pesar de su carácter excesivamente violento. Frisaba en los cuarenta años próximamente, estaba viudo hacía seis meses y vivía en sus tierras como un hidalgo campestre. Su fogoso temperamento le había acarreado frecuentes disgustos de los que le libraban siempre los magistrados de Rony-le-Tours, á fuer de amigos indulgentes y discretos. ¿No había arrojado un día desde lo alto del pescante al conductor de la diligencia porque había estado á punto de aplastar á su perro de caza Miemo? ¿No le había machacado las costillas á un guardabosque que le citó ante el juzgado porque atravesaba con el fusil al hombro una tierra que no era de su propiedad? ¿No había cogido por el cuello al subprefecto una vez que éste se detuvo en la villa haciendo una inspección administrativa que Renordet calificó de campaña electoral, con la cual no estaba conforme á causa de sus ideas contrarias al gobierno por tradición de familia?

—¿Qué hay, Mederi?—preguntó el alcalde.

—Que he encontrado á una niña muerta en su oquedal.

Renordet se irguió con el rostro amoratado y dijo:

—¿Una niña?

—Sí, señor; una niña desnudita, tendida de espaldas, muerta, bien muerta.

—¡Por vida del...—juró el alcalde.—Apuesto á que es la Roquecilla, porque han venido á decirme que esta noche no ha ido á casa de su madre. ¿En qué sitio la ha encontrado usted?—

El cartero explicó el lugar, dió mil detalles y se ofreció á acompañar al alcalde.

Pero Renordet le contestó malhumorado.

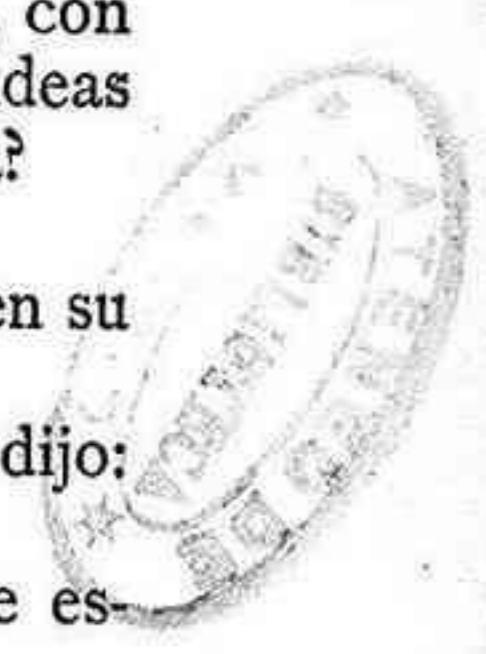
—No, no le necesito á usted. Envíeme en seguida al guardabosque, al secretario del ayuntamiento y al médico, y siga usted en su trabajo. Pronto, inmediatamente, vaya y dígales que les espero en el oquedal.—

El paetón, hombre disciplinado, obedeció; pero se retiró furioso y desolado ante la idea de no poder asistir á las primeras diligencias.

El alcalde salió á su vez después de tomar el sombrero, un sombrero flexible de fieltro gris y de anchas alas, y se detuvo algunos segundos en el umbral de la puerta de su casa. Ante él se extendía una vasta extensión cubierta de césped, sobre el cual se destacaban tres grandes manchas, roja, azul y blanca, tres grandes canastillas de flores colocadas la una en frente de la casa y las otras dos á los lados. Más lejos se erguían hasta el cielo los primeros árboles del bosque, mientras á la izquierda, por encima del Brindille, ensanchado hasta formar un pequeño estanque, se divisaban numerosas praderas, todo un terreno verde y llano, surcado por hileras y setos de sauces, semejantes á monstruos, ó á rechonchos enanos que soportasen sobre sus troncos cortos y enormes un plumero tembloroso de delgadas ramas.

A la derecha, detrás de las cuadras, de las cocheras y de las demás construcciones que dependían de la hacienda, comenzaba la villa rica habitada por ganaderos.

Renordet bajó lentamente los peldaños de la escalinata interior, y tomando hacia la izquierda, llegó hasta las orillas del río y siguió su margen llevando las manos cruzadas á la espalda. Marchaba con la cabeza inclinada, de cuando en cuando mi-





raba en torno suyo para ver si divisaba á alguna de las personas á quienes había mandado á buscar.

Cuando hubo llegado á la sombra de los árboles se detuvo, se descubrió y se enjugó la frente como había hecho Mederi, pues el ardiente sol de Julio caía sobre la tierra como un chaparrón de fuego. Luego, el alcalde reanudó su marcha, volvió á detenerse y retrocedió unos pasos. De pronto, encorvándose, empapó su pañuelo en el arroyo que se deslizaba á sus pies y se lo puso sobre la cabeza bajo el sombrero. Grandes gotas de agua se deslizaban á lo largo de sus sienes, de sus amoratadas orejas y de su encarnada y robusta cerviz, y le caían una tras otra por entre el cuello blanco de su camisa.

Como no se presentase nadie aún, empezó á golpear el suelo con el pie y después gritó:

—¡Ehl! ¡ehl! —

Una voz respondió á la derecha:

—¡Ehl! —

Y el médico apareció bajo los árboles. Era un hombrecito delgado que había pertenecido al cuerpo de Sanidad militar y que gozaba de gran fama en aquellos contornos. Herido en el servicio, cojeaba un poco, obligándole esto á servirse de un bastón para poder andar.

Después se presentaron el guardabosque y el secretario, los cuales llegaban juntos porque habían sido avisados al mismo tiempo. Iban agitados, caminaban soplando fuertemente, corriendo y tro-



tando alternativamente para darse prisa y meneando los brazos con tal fuerza, que parecían realizar con ellos más trabajo que con las piernas.

Renordet le dijo al médico:

—¿Sabe usted de qué se trata?

—Sí, de una niña muerta, encontrada por Mederi en el bosque.

—Está bien, vamos.—

Y se pusieron en marcha el uno al lado del otro seguidos de los otros dos hombres. Los pasos no hacían ruido alguno sobre el musgo; sus ojos escudriñaban á lo lejos el terreno.

De pronto el doctor Labarbe extendió el brazo y dijo:

—¡Mire, allí es!—

A gran distancia, bajo los árboles, se veía un bulto claro. Si no hubiesen sabido lo que era, no lo hubieran adivinado. Aquello relucía y parecía tan blanco, que cualquiera lo hubiera tomado por una prenda de ropa caída, pues un rayo de sol, deslizándose á través de las ramas, iluminaba la pálida carne de la niña dibujando una raya oblicua sobre su vientre. A medida que fueron aproximándose, distinguieron las formas, la cara tapada vuelta hacia el río y los dos brazos separados en cruz.

—Tengo un calor atroz—dijo el alcalde.

Y llegando al río, empapó de nuevo su pañuelo y volvió á colocárselo sobre la cabeza.

El médico apresuraba el paso aguijoneado por la curiosidad, y cuando estuvo cerca del cadáver, se





## LA NOCHE DEL SÁBADO

por ORTIZ

inclinó para examinarlo, aunque sin tocar á él. Se había puesto unos lentes como para examinar un objeto curioso y daba vueltas en torno de la muerta.

De pronto dijo sin erguirse:

—¡Violación y asesinato, como veremos al instantel Por otra parte, esta muchacha es casi una mujer. Miren ustedes su garganta. —

Sus pechos, bastante grandes ya, relajados por la muerta, estaban caídos.

El médico levantó un poco el pañuelo que cubría la cara, y entonces pudo verse ésta negra, espantosa, con la lengua fuera y los ojos saltando de las órbitas.

—¡Oh...! La han estrangulado después de consumado el primer crimen—agregó el médico.

Y diciendo esto, le palpaba el cuello.

—Estrangulada con las manos, sin dejar rastro alguno particular ni huellas de uñas ni de dedos. Es, en efecto, la Roquecita.

Y volvió á colocarle debidamente el pañuelo sobre la cara.

—No me queda á mí nada qué hacer, porque está muerta desde hace lo menos doce horas. Es preciso avisar al juez.—

Renordet, de pie y con las manos atrás, contemplaba fijamente aquel cuerpo tendido sobre la yerba.

—¡Qué miserable! — murmuró. — Sería preciso buscar sus vestidos. —

El médico, que tentaba las manos, los brazos y las piernas del cadáver, dijo:

—Sin duda acababa de tomar un baño y deben estar á orillas del río.

—Tú, Príncipe (así se llamaba el secretario de la alcaldía), ve á ver si encuentras esas ropas junto al río; y tú, Máximo (era el guardabosque), corre á Rony-le-Tours y tráeme al juez de instrucción con la gendarmería. Es preciso que estén aquí antes de una hora, ¿estás enterado? —

Los dos hombres se alejaron á toda prisa y Renordet le dijo al doctor:

—¿Quién habrá sido el vil que ha podido cometer semejante crimen?

—¡Quién sabe! — murmuró el médico. — Todo el mundo es capaz de esto. Todo el mundo en particular y nadie en general. Habrá sido algún vagabundo ó algún trabajador sin ocupación. Desde que tenemos República, estos hechos se repiten con frecuencia en los caminos. —

Ambos eran bonapartistas.

—Sí,—repuso el alcalde,— esto no puede haberlo hecho más que algún forastero, algún transeunte, algún vagabundo sin patria ni hogar.

(Se continuará.)

(Ilustraciones de Pujol Hermann.)



# LA PANTOMIMA

Datos históricos. — Un nuevo teatro. — Los Onofri

LA inauguración del *Teatro Onofri*, erigido con el nombre de esta famosa familia de artistas mimos y con el exclusivo objeto de dar en él representaciones de pantomimas, nos hace pensar si estaremos abocados á una nueva lucha entre el arte mímico y la elocuencia, como la que se originó en Roma en los tiempos antiguos y de la cual dan noticia Luciano, Casiodoro y otros escritores, al paso que calificaban de sublime el espectáculo de la pantomima.

La importancia de éste queda demostrada con recordar que el príncipe de los oradores, Cicerón, desafió á Roscio á que tradujera por medio de gestos la incomparable armonía de los períodos que constituían sus discursos magníficos, y que el célebre comediante respondió siempre al desafío con una precisión, una flexibilidad y un acierto en la expresión que admiraban al orador, y cuando, como prueba terminante, variaba Cicerón de términos el mismo pensamiento, Roscio, adaptándose á las variaciones, cambiaba paralelamente los gestos dando la traducción más exacta posible.

Los imitadores y continuadores de Roscio perfeccionaron todavía más el género, llegando Casiodoro á decir de ellos que son hombres que hablan con la boca cerrada y que tienen un silencio dotado de voz, merced á que sus manos elocuentes tienen una lengua en cada dedo.

Para Marmontel, la pantomima habla á los ojos un lenguaje más vehemente que el de la palabra y no existe lengua que



OTELLO ONOFRI

puede revestirse de su ardimiento para expresar las ideas con fuerza y con calor.

Pilades en lo trágico y Batilio en lo cómico llegaron á la perfección en la pantomima, cuando ya Roma había adquirido tal gusto por esta clase de espectáculos, que la mímica constituía parte de la educación de las clases ilustradas de la sociedad.

Se asegura que en una de las representaciones de las comedias mudas, el Rey de Conto se conmovió de tal suerte al ver la exactitud con que los actores se expresaban, que manifestó al emperador Nerón su deseo de llevarse consigo uno de aquellos hombres prodigiosos para hacerlo intérprete de su voluntad en los pueblos bárbaros que rodeaban sus Estados y cuyo lenguaje le era desconocido.

El apasionamiento de los romanos por la pantomima duró varios siglos, convirtiéndose en costumbre entre los grandes señores ofrecerlas en sus comidas á los convidados. Pero pronto empezó á falsearse el verdadero carácter del espectáculo, y en los últimos tiempos, cuando el desbordamiento de las pasiones había llegado á su grado postrero, á las inspiraciones de los Pilades y Batilios, sucedieron en la escena la degeneración y prostitución del arte.

Durante la Edad Media y en los comienzos de la Moderna, las pantomimas tienen lugar para festejar la entrada de los príncipes y los reyes en las poblacio-



OTELLO ONOFRI, de Pierrot

nes ó con ocasión de los regocijos públicos. La danza de los muertos, conocida bajo el nombre de *danza macabra*, figura entre ellas.

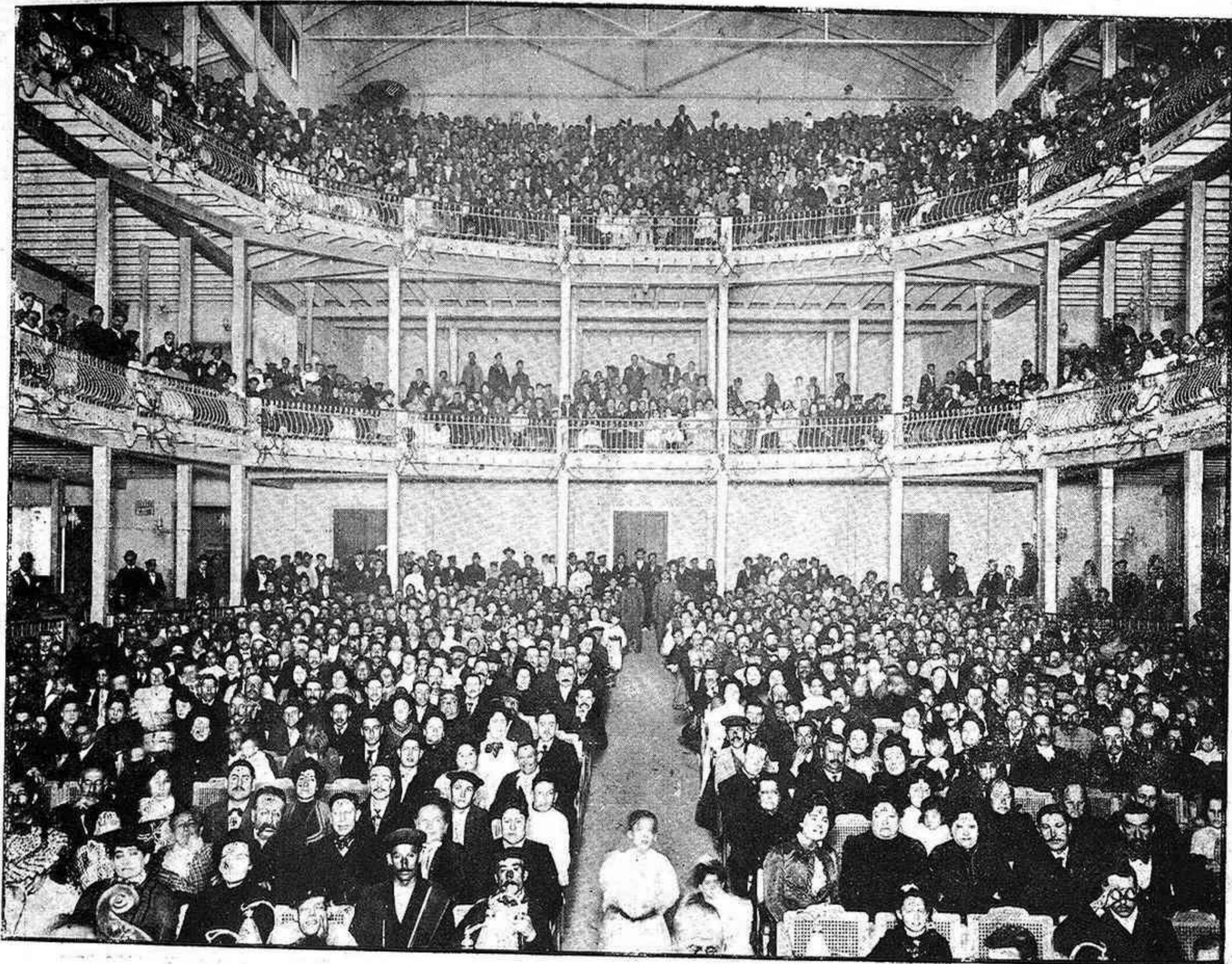


Para celebrar las pantomimas se alzaban en las plazas ó sitios espaciosos grandes tablados; los gastos corrían por cuenta de los reyes ó de las poblaciones, según quien festejaba. Los asuntos bíblicos, los mitológicos y los nacionales eran los preferidos para las pantomimas, en las que á veces reinaba un realismo verdaderamente alarmante.

Para su celebración se hacían grandes prepara-

tivos y se invertían cuantiosas sumas; los maquinistas fabricaban flores cuyos cálices vertían esencias, ó serpientes de cuya garganta escapaban raudales de vino; leones ó monstruos movibles y aparatos que servían para elevar á los personajes por los aires.

En el día, la pantomima se ha refugado en los teatros, y aun cuando por algunos descontentadizos



NUEVO TEATRO ONOFRI

(Fots. de Merletti.)

se la clasifica en un orden inferior dentro de las representaciones escénicas, en Barcelona á lo menos, —por hablar de España sólo, sin referirnos al extranjero—goza de numerosos aficionados, como lo explica el éxito de la compañía Onofri, que ha podido construirse uno de los más amplios y lujosos coliseos de la capital y las ganancias que obtienen todos los teatros donde preferente ó secundariamente se cultiva el género.

Hay que reconocer que los hermanos Onofri son verdaderos maestros en esta clase de trabajos, hasta el punto de que dudamos que los célebres mimos que antes hemos citado como de gloria imperecedera, sobrepujasen á los que hoy obtienen en nuestra población el aplauso del inmenso gentío que á diario llena las localidades del flamante y ya afortunado coliseo.

\*\*\*

## El periodista

EN su cerebro bulle el pensamiento  
que domina el furor de un mar tonante  
y á todas partes cual cometa errante  
lleva su luz á la ráfaga del viento.  
El á la humanidad infunde aliento  
y saca á la virtud siempre triunfante  
y si yace el lecho agonizante  
él lo levanta con sagrado intento.

Y lucha con valor en la contienda  
de la sombra y de la luz, que es tu presea,  
va iluminando su florida senda.  
Su obra es inmensa ¡que bendita sea!  
Del periodista es la preciada ofrenda  
«¡Su cerebro que es yunque de la ideal!»

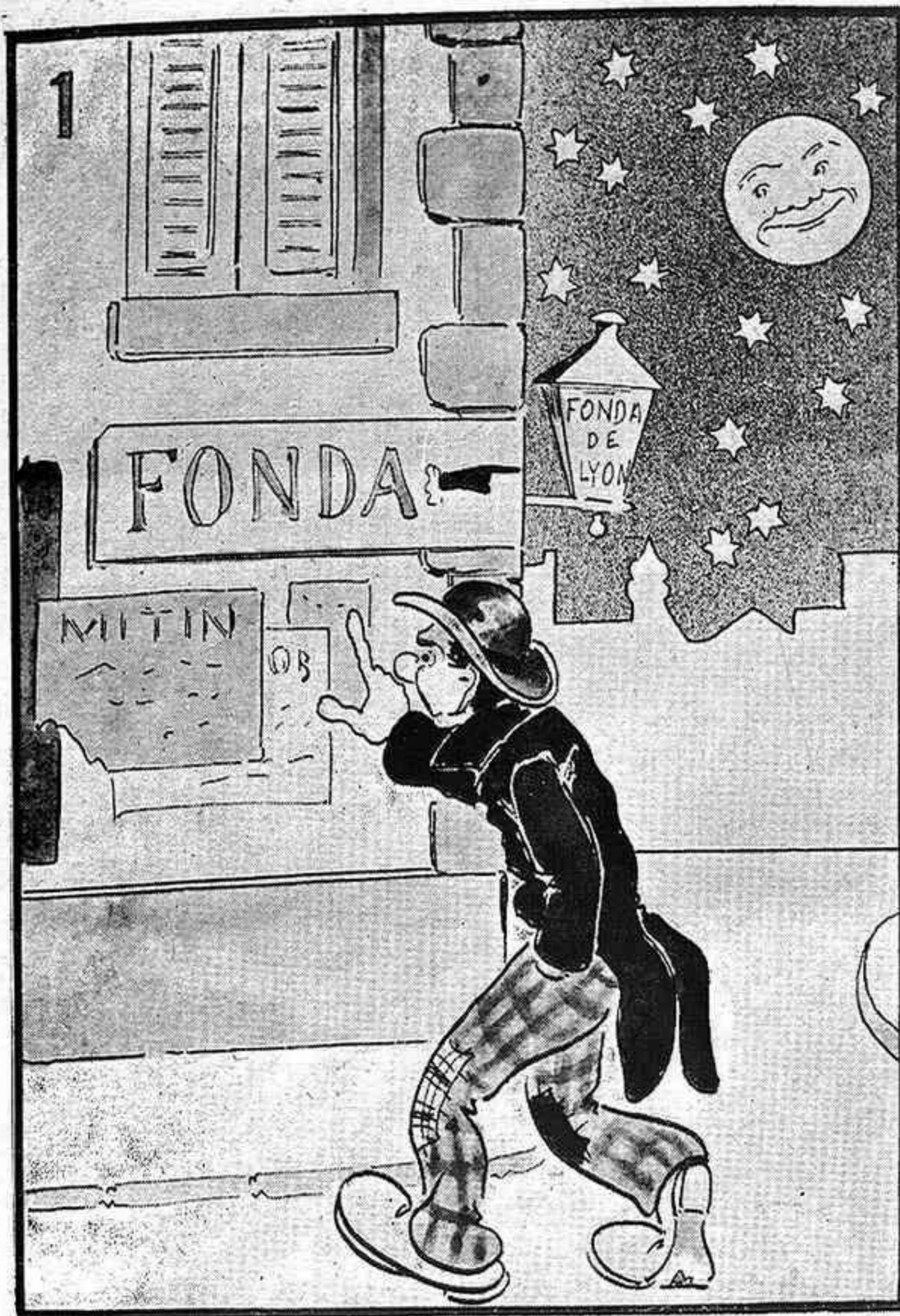
FÉLIX MARÍA RIVAS





LOS DOS CREPÚSCULOS,  
POR MARIANO FOIX

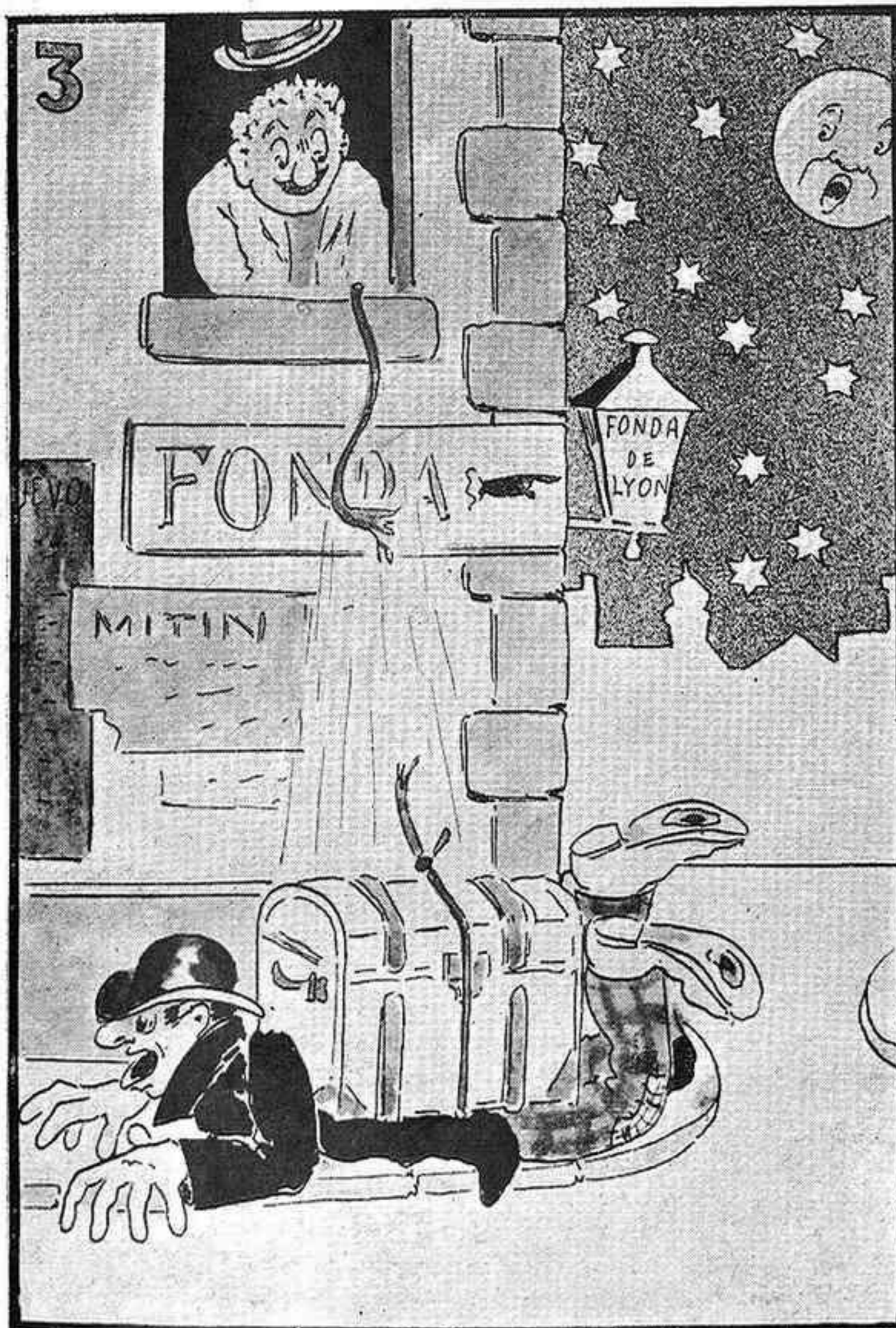




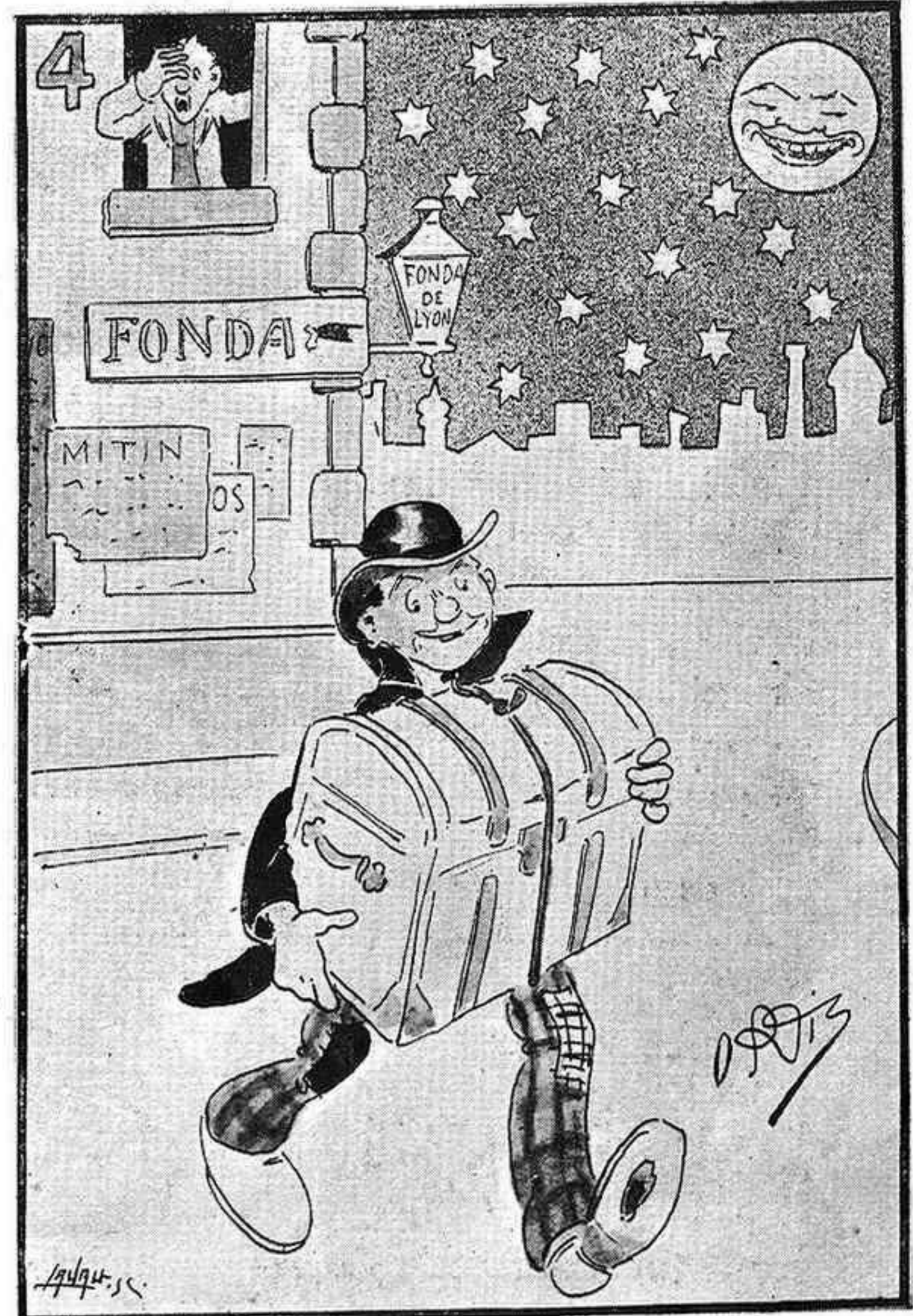
—Reposemos á la sombra de este fonducho... Me alimentaré siquiera con el olor...



—Huyamos sin pagar el hospedaje. Tiraré el equipaje por el balcón...



—¡¡Horror!!... ¡Un terremoto!...



—No hay mal que por bien no venga.



# JEFES DE ESTADO

# DE EUROPA







1. Traje de crespón de China, color paja, completamente *plissé*. La falda á la altura del dobladillo lleva dos órdenes de terciopelos negros bordados en sedas. Cuerpo y mangas con la misma guarnición. A todo lo alto del vestido, por delante, dos terciopelos negros en *trust-trust* con adornos de botoncitos fantasía.—2. Traje de *liberty* tornasolado; falda de *plissé* á modo de *bertha*. En torno del descote franja de cuadrados de terciopelo bordado de lentejuelas.—3. Traje de baile rombos de crespón escarolado que llevan en su centro barritas de terciopelo cometa negro. Al cuerpo, descotado graciosamente, lleva análoga guarnición.



## Mi devota

ORLABAN las puntas de la mantilla su rostro blanco como el marfil, y al abrir, rezando, su boca pequeña, parecían sus labios dos hojas de rosa, arrojadas en un lecho de nieve. No iluminaba sus facciones la luz del sol; que ese, entrando por las ventanas de arriba, formaba en lo alto, junto á las bóvedas del templo, una neblina que, vista desde abajo, parecía apoyarse, como techo de gloria, en las columnas gigantes. Pero si luz del sol no la alumbraba, la herían de lleno todas las luces del altar; y cuando arqueandolas cejas hermosas abría los ojos, en sus pupilas brillaban infinitos puntos luminosos, como si en ellos los fulgores de los cirios del tabernáculo, quisieran hacer, salpicadas de brillantes, joyas para una reina.

Rezaba en silencio, pero agitaba los labios en temblorcillos nerviosos con piadosa coquetería. Oía las lecturas con la cabeza baja y erguía su busto, de líneas irreprochables, cuando empezaba el sermón, y saliendo de su pecho suspiros frecuentes, expansión de las puras emociones de su espíritu,

clavaba sus ojos negros en la imagen, y sin mover los párpados, permanecía fija en ella largo tiempo, en el éxtasis arrobador de su alma virgen.

.....  
.....  
Ocultaron.

El humo de la mirra, perfumando con aroma oriental el ámbito de la iglesia, formó sobre su cabeza, propia de un cuadro de Goya, nimbo espeso que ella rompió en girones, al levantarse de su asiento y persignarse por última vez.

Pisó luego la calle, mojada por el chubasco; recogió su falda, crujiente como chisporroteo de lumbre, y bajando la cabeza de nuevo, desfiló ante los grupos de cu-

riosos que sintieron las bocas húmedas, como si aquella hembra española y castiza fuera echándoles granitos de sal de las salinas de Cádiz.

Dicen que dicen que entonces su boca no rezaba.  
Dicen que dicen que su boca sonreía.

No hay mujer, mujer guapa y mujer joven, que entregando todo su corazón á la fe, no deje un rincillo vacante, para depositar en él, ¡celdilla deliciosa! las mieles agradables de los requiebros.

ALFREDO CAZABÁN

(Ilustración de Cabanellas.)



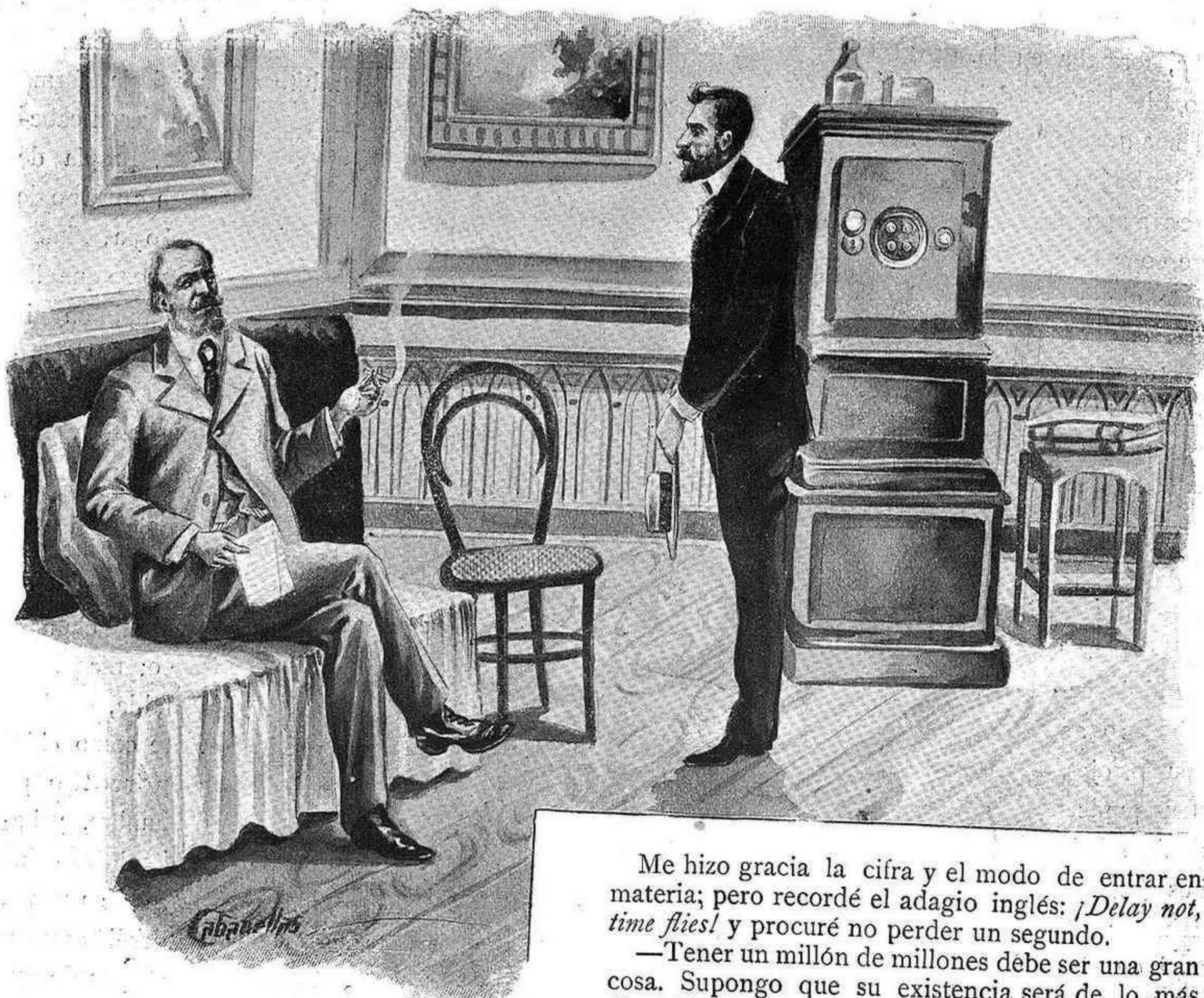


## “Interview” con un trillonario

A PENAS supe su llegada apelé á cuantos medios me sugirió mi natural desfachatez de reporter entrometido para llegar á su presencia.

Había llegado á bordo de su yacht *Schwer*, que merecía su nombre de «Pesado» por el aspecto, ya que no por el andar. Únicamente la mirada experta de un marino era capaz de distinguirlo de uno de esos vapores de carga que atraviesan el Atlántico en ocho ó diez días. Nadie era capaz de imaginar, viéndolo desde el exterior, las riquezas y maravillas que en su interior encerraba.

Desde la escotilla central á popa había un salón y cuatro habitaciones como no ha tenido jamás ningún monarca de la tierra. Los Faraones con todos sus tesoros y esclavos, los antiguos reyes de Persia, los emperadores bizantinos no concibieron jamás lujo tan grande, comodidades tantas, gusto tan exquisito, ni los prodigios de mecánica que allí podían admirarse. El cuarto de baño estaba formado por un solo bloque de mármol blanco del Utah, ahuecado. Los tapices eran de Cachemira; todos los adornos y cachivaches de plata bruñida; los



cepillos de pelo de reno y la pila figuraba una concha enorme de nácar, obra de Rouchomowsky, el gran escultor ruso.

En el gran salón estaba reclinado en un diván un hombre de mediana edad, ni alto ni bajo, ni grueso ni flaco, ni guapo ni feo. Tenía el pelo y la barba grises, el bigote casi negro, pobladas y fruncidas las cejas, como á impulso de una idea fija. Vestía un terno gris de esas telas inglesas finas como las de araña y resistentes como el acero. El cuello y la pechera resaltaban de un modo indecible; eran de una blancura deslumbradora, obtenida por algún procedimiento químico desconocido de los demás mortales.

Al notar mi presencia, hizo como que se levantaba y no se levantó. Me tendió la mano, tocó más que estrechó la mía, me indicó un asiento, sacó un reloj, miró la esfera y me dijo:

—Puedo dedicarle veintitrés minutos.—

Me hizo gracia la cifra y el modo de entrar en materia; pero recordé el adagio inglés: *¡Delay not, time flies!* y procuré no perder un segundo.

—Tener un millón de millones debe ser una gran cosa. Supongo que su existencia será de lo más divertido...—

Un suspiro del Rey del Oro me desengañó.

—¿Qué le falta á usted, hombre de Dios?—no pude menos de exclamar.

—Esposa.

—Y ¿cómo no se casa?

—Y ¿con quién? Estoy ya cansado de hacer poner anuncios en los periódicos de Europa, América y Asia, diciendo que se desea una trillonaria. Nadie me contesta. ¿Casarme con una millardaria! ¡Bah! No cometeré semejante majadería. Así es que me veo en la imposibilidad de tener una compañera de mi clase. De cuando en cuando me doy el gusto de flirtar con una Emperatriz ó con una Reina; pero me canso pronto de ellas. Un hombre de mi categoría se rebaja demasiado con semejantes pobretonas. Y advierta usted que piden de continuo. ¡Ahl! ¡Es bien triste la vida de un trillonario!—

Decía estas palabras con tal convicción, que por poco las tomo en serio.



—¿Tendrá usted colecciones?—pregunté.  
—¡Ya lo creo! Pero también ese recurso ó distracción me falta ya.

—¡Cómo!...  
—Sí. Ja no puedo comprar ni un sello, ni un cromó, ni un cuadro antiguo, ni una escultura. Todos están en mi poder, en mi «Quinta de las Colecciones» en el Joming. Los cuadros y estatuas que ven ustedes en los museos, ríanse de ellas. Son viles imitaciones. Los originales los tengo yo.

—¡Ah, diablo!  
—Como usted lo oye. En materia de colecciones he llegado á lo que no llegó nadie. En mi lago del Michigan tengo una colección completa de buques de toda especie. Desde las piraguas al steamer de 30.000 toneladas, desde la lancha cañonera y al cazatorpederos, al acorazado de combate de 15.000 toneladas, tengo ejemplares de todos los buques habidos y por haber. En Austín, en el gran parque de mi quinta tengo mi colección de parejas humanas. Las hay de todos los países y razas. Tengo sabios, genios, hombres de talento, eruditos, perdonavidas, panamistas, gigantes, enanos, eclesiásticos, anarquistas, generales, periodistas. Les permito casarse y por medio de un prudente cruce de razas espero poder obtener en breve fiscales humanitarios, jueces íntegros, ministros inteligentes, cómicos modestos, periodistas instruídos, comerciantes honrados y otros productos todavía desconocidos.

—¿Viaja usted siempre en yacht?  
—No, algunas veces se me ocurre viajar en

ferrocarril; pero le confieso á usted que empiezo á hartarme de ello, sobre todo en Europa.

—¿Se puede saber por qué?  
—Porque en los Estados Unidos tengo mis trenes particulares; pero aquí, en muchas naciones, han dado los gobiernos en la gracia de nacionalizar las líneas y esto me fastidia.

—No veo la causa...  
—En Italia, en Francia, en España, cuando quiero viajar á mi gusto, compro la línea, suspendo el tráfico durante dos ó más días y viajo á mis anchas, sin temor á choques ni descarrilamientos; pero en Alemania el Estado, que es el dueño de las ferrovías, no me deja hacer mi voluntad.

—Y ¿será indiscreción preguntarle si después de compradas las líneas las explota por su cuenta?—

Miróme el trillonario con estupefacción.  
—De ninguna manera... Se las regalo á quien me parece... á un guarda agujas, á un mozo de andén... al primero que se me ocurre.—

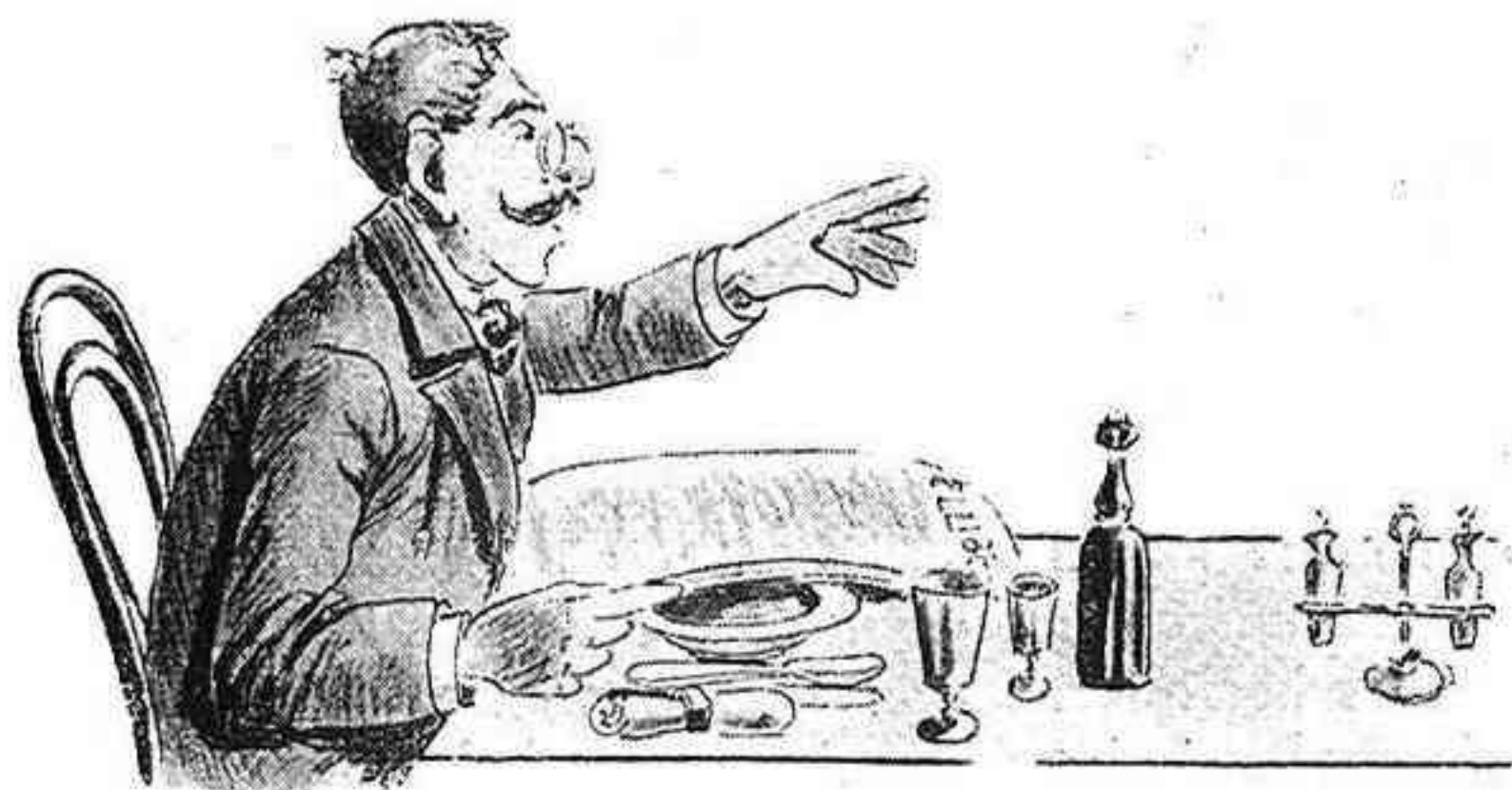
Al decir estas palabras sacó el reloj, miró la hora y me dijo:

—Han pasado los veintitrés minutos.—  
Hizo que se levantaba y no se levantó. Inspirábame tanta lástima su aburrimiento y su tristeza que, sin darme cuenta de lo que hacía, al tocar su mano la mía dejé en ella delicadamente, como hubiese hecho tratándose de un empleado español, una moneda de dos pesetas, que por cierto sospecho que era de fabricación alicantina.

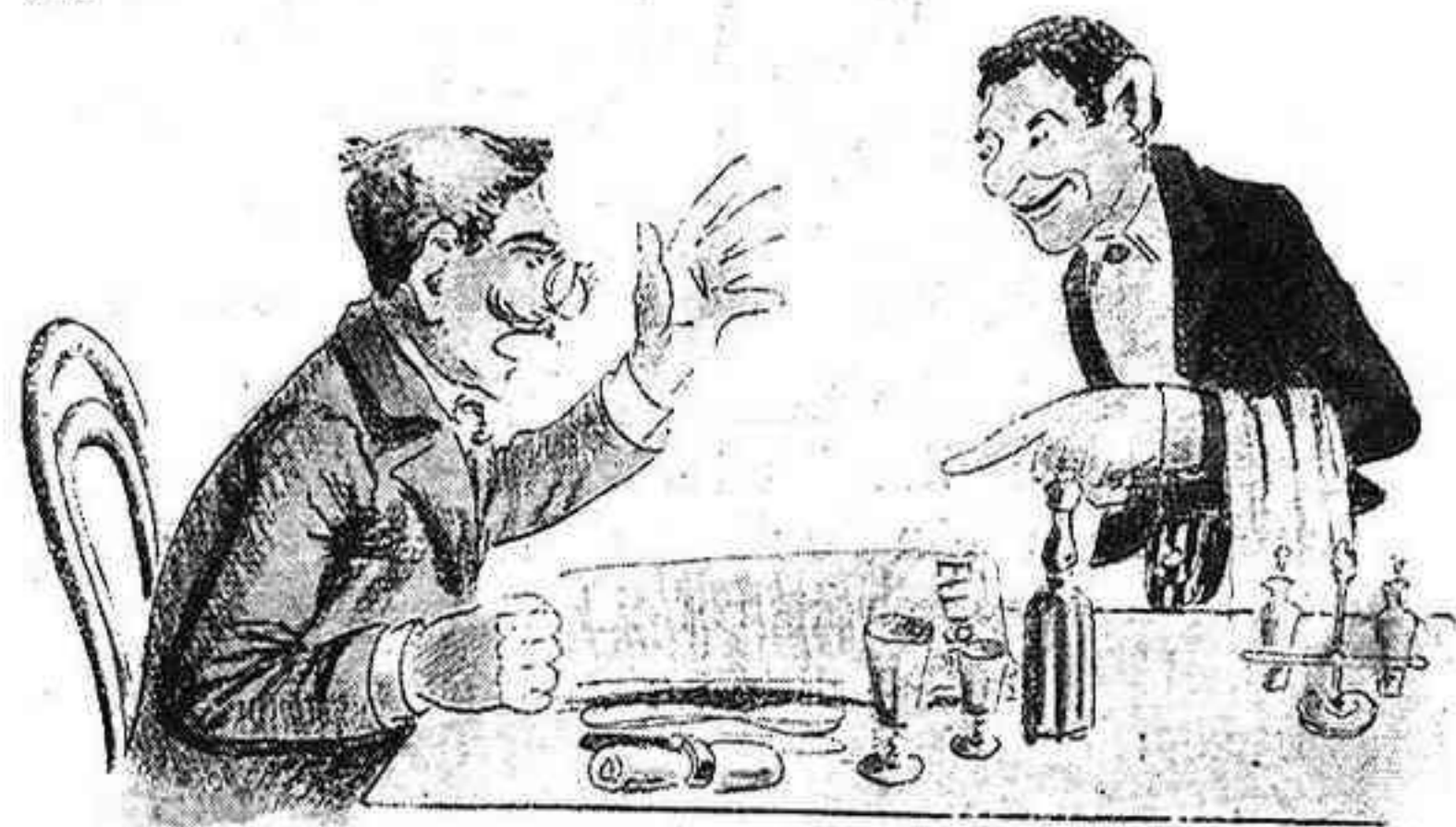
A. RIERA

(Ilustración de Cabanellas.)

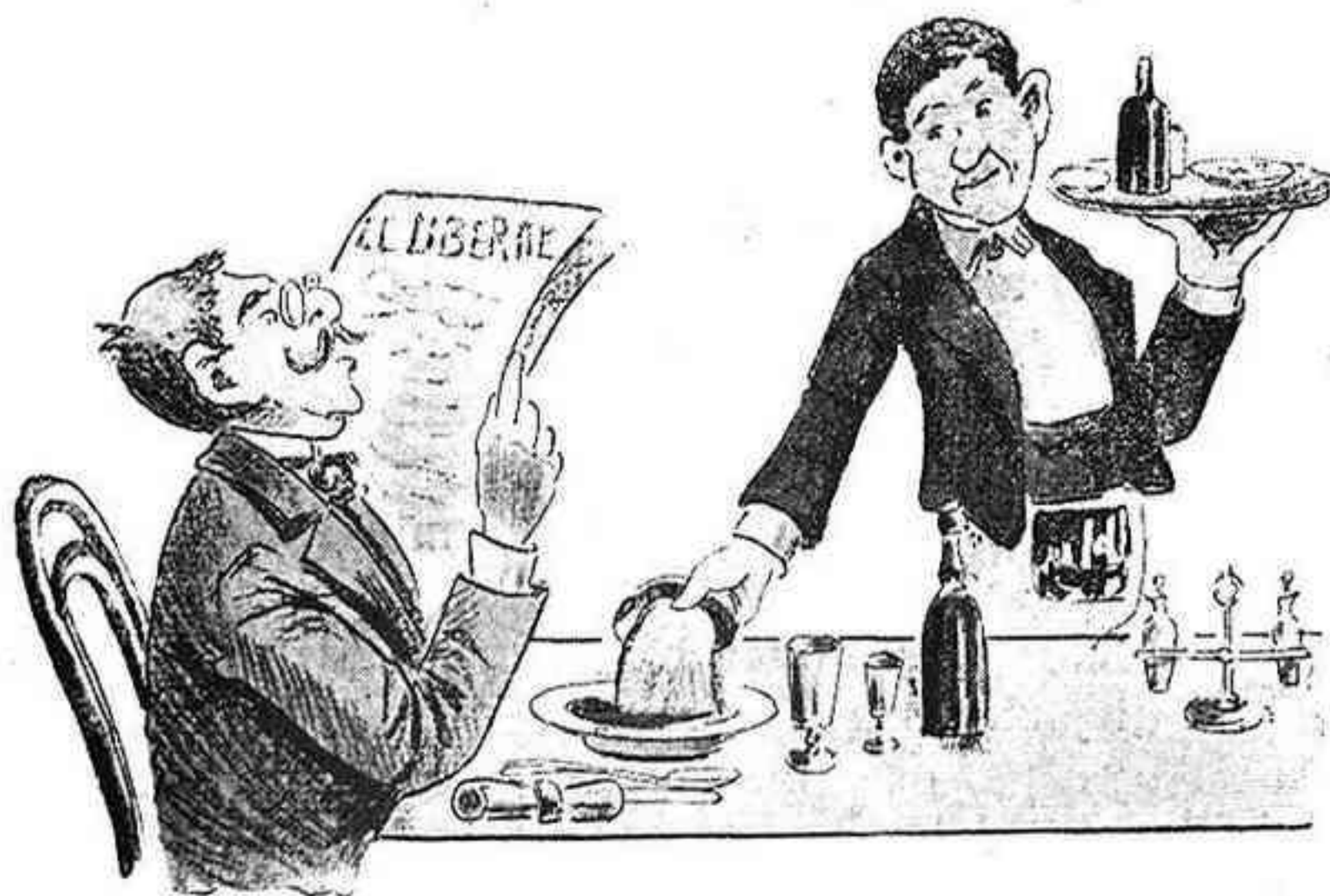
### EL MAL GENIO, por ORTIZ



1.— Mozo! ¡Mozo!... ¡La sopa!...



2.— Pero... ¿No has oído que quiero la sopa?



3 (El mozo sotto voce).— Ahí tienes la sopa, bárbaro.



4.— ¡¡¡Mozo!!!... ¡¡¡La sopa!!!...





## Amor salvaje

AL saberse la elección de Rosario, los dos rivales irreconciliables hicieron las paces y diéronse fuerte apretón de manos, olvidando antiguos resentimientos y pasadas rencillas.

Colás, el pastor, pronunció á guisa de comentario estas frases:

—¡Y qué brutos hemos sido, amigo Jacinto, y qué obcecados estuvimos para no comprender que Rosario se burlaba de ti y de mí... Hubiera tenido gracia que tiempo atrás, cuando yo rabiaba de celos al verte hablar con ella, y tú te consumías de ira al verme entrar en su casa aprovechando un descuido del padre para decir al oído de Rosario cuatro palabras melosas, nos hubiéramos roto el alma como dos hombres de buen temple que somos... ¡Al diablo las mujeres, como dijo el otro! No se puede creer en ellas, y si son guapas, menos. Ahí está el ejemplo de Rosario. Pones en ella los ojos, eres honrado, trabajador, te apartas de los vicios para complacerla, la quieres más que á tu madre, faltando á los preceptos más sagrados, y luego ¿qué? Viene de la capital un señorito muy compuesto como Ricardo, que viste á la moda y usa guantes y camisa planchada, y se la quita bonitamente. Y rabia tu, Jacinto, y sigue sudando la gota gorda para ganarte el pan, y muérate de pena,

pensando que has depositado tu cariño en tierra borde donde no germina la semilla. Y de mí no hablo, que un suspiro me ahoga cada vez que recuerdo los malos ratos que me ha hecho pasar esa condenada y las ilusiones que se han desvanecido al saber que Ricardo casa con ella... ¡Maldita sea la suerte de los pobres! Ahora á beber y á olvidar...—

Bebieron, y Colás continuó su discurso desatándose en improperios contra las mujeres falsas y sin corazón, que se deslumbran ante la figura de un señorito ridículo que las busca para engañarlas.

Callaba Jacinto, cejijunto y mustio. De vez en cuando, un resoplido violento se escapaba de sus labios, adquirían sus ojos feroz expresión de cólera y se crispaban sus puños en ademán amenazador.

Al cabo de largo rato, salió de la taberna, huyendo á escape, temeroso de hallar á alguien que se interpusiera en su camino y le molestara. Le ahogaba la pena, y el pobre mozo sentía malestar inexplicable, ganas de matar y de hacer barbaridades, y se alejaba de la gente, porque, conociéndose, creíase muy capaz de cometer los mayores desatinos.

¡Olvidar! Sí, Colás decía bien, es preciso olvidar. Pero ¿acaso podía lograrlo? Olvidar... No, olvidar no, vengarse. Hacer sufrir á Rosario las mismas



angustias, atormentarla lo mismo que él estaba atormentado, que muriere como Jacinto iba a morir. Lo del olvido, lo del perdón quedábase para Colás, que veía las cosas de modo distinto. Colás olvidaría porque no quiso a Rosario. Si la hubiera querido, no olvidaría y procuraría vengarse.

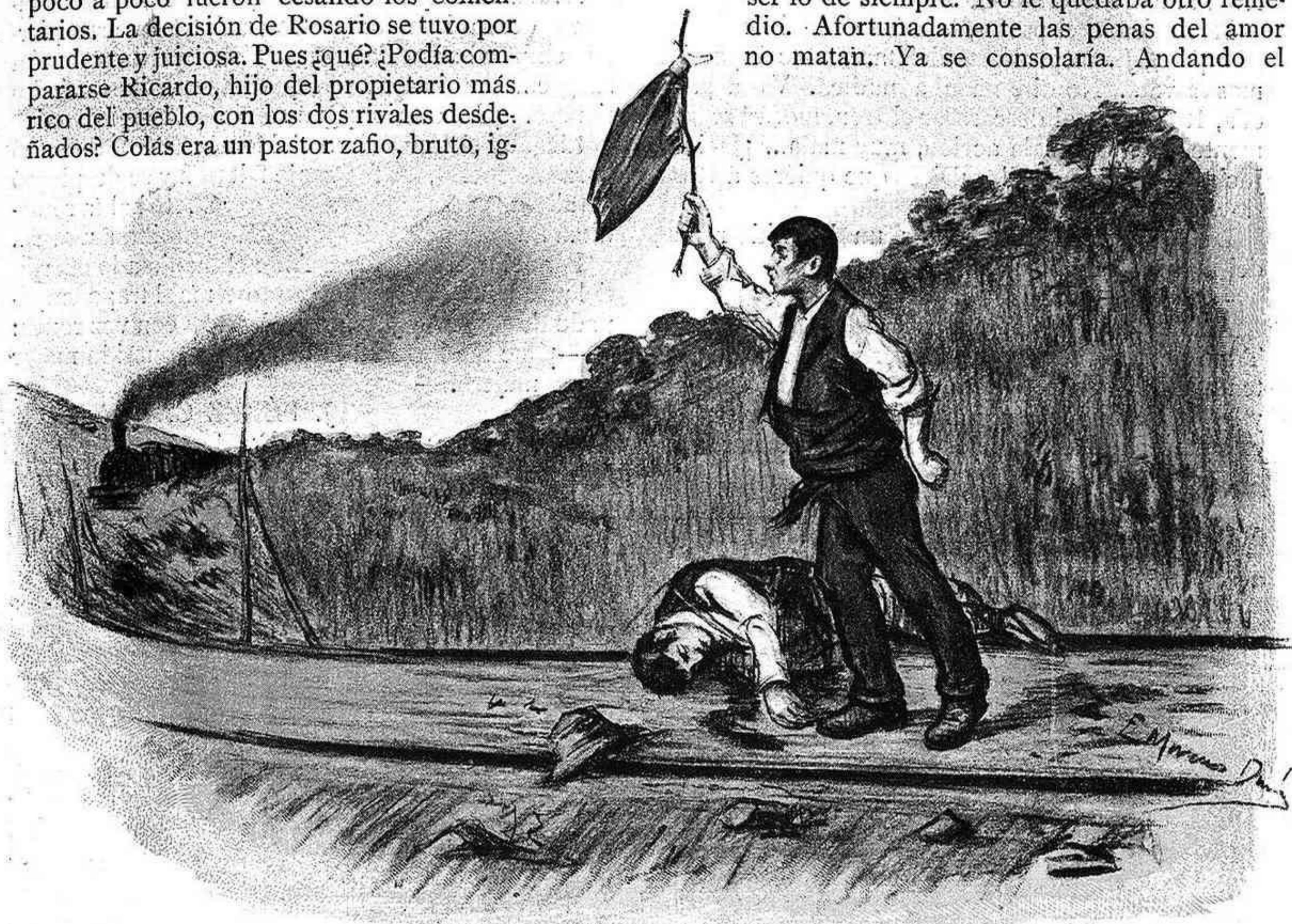
¡Y qué venganza más atroz ideaba en su alucinación calenturienta! Jacinto daría que decir. De él no se burlaba ninguna mujer, aunque fuese tan hermosa como Rosario.

Campo atravesado se alejaba del pueblo, sin notar el menor síntoma de cansancio. Vagó hasta muy entrada la noche.

Los primeros días, el suceso dió pasto á la murmuración de comadres y desocupadas. Después, poco á poco fueron cesando los comentarios. La decisión de Rosario se tuvo por prudente y juiciosa. Pues ¿qué? ¿Podía compararse Ricardo, hijo del propietario más rico del pueblo, con los dos rivales desdeñados? Colás era un pastor zafio, bruto, ig-

norantón, sin más campo que el de Dios; Jacinto un trabajador rudo, muy honrado, eso sí, pero con porvenir poco risueño. Tenía que estar toda su vida sujeto al terruño para ganar su subsistencia. En cambio, Ricardito, tras de ser rico, era muchacho de carrera. Su padre le mandó á la capital á estudiar leyes, y á la vuelta de bastantes años volvía hecho un señor abogado. Bien hizo Rosario en elegirle para marido. Muy justo era que una buena moza se casara con un rico, ya que no podía llevar otra dote que su palmito y su virtud.

Contábase que Jacinto no había vuelto al pueblo desde que los padres de Rosario y Ricardo concertaron la boda de los muchachos; pero ¡bahl! aquello no significaba nada. Una temporada de mal humor, y cuando estuvieran casados, Jacinto volvería á ser lo de siempre. No le quedaba otro remedio. Afortunadamente las penas del amor no matan. Ya se consolaría. Andando el



tiempo depondría su orgullo y tornaría al redil.

Pasaban días, y los preparativos para la boda iban haciéndose con extraordinaria rapidez. La casa donde habitarían Ricardo y Rosario estaba ya amueblada con mucho lujo, que para eso el novio era rico y gozaba fama de espléndido. El vestido de la novia á punto de servir, había sido examinado hasta en los detalles más insignificantes por jóvenes y viejas. ¡Qué derroche de lujo! ¡Qué bien sentarían á Rosario aquellas sedas y aquellas blondas! ¡y las joyas? No las había semejantes en el lugar.

Hasta se conocía el programa del casamiento, y más de una moza ahogaba suspiros de envidia al pensar en la suerte de Rosario.

La ceremonia se verificaría temprano, al amanecer. Una vez casados, los novios saldrían en el primer tren para la capital. Visitarían las ciudades más importantes de España, y al mes ó mes y medio tornarían al pueblo. Ricardo trabajaría en su despacho y con el tiempo llegaría á ser alcalde, diputado ¡quién sabe si ministro! Rosario cuidaría

amorosa de sus hijos, del gobierno de la casa: una verdadera bendición del cielo.

Nunca presentó la naturaleza tintes más poéticos que los del amanecer de aquel día. Despejado el cielo, brillante el diáfano azul dilatando la línea del horizonte, por el que asomaba el sol esplendoroso inundado de luz vivificadora montes y vegas.

Colás, zurrón al hombro y cayado al brazo, dirigía el rebaño por sendas y vericuetos, volviendo la vista al pueblo, apiñado montón de casas parduzcas de mezquina arquitectura.

La torre de la iglesia, altiva al sobresalir de los tejados de las viviendas, merecía toda la atención del gañón, que adivinaba más bien que oía el alegre repiqueteo de las campanas, anunciando el casamiento de Rosario y Ricardo.

Una lágrima rodó por el ennegrecido rostro del pastor, que para resarcirse de aquel momento de debilidad mujeril, hizo volar unas cuantas piedras á impulsos de su honda, reduciendo á la obediencia



cia á las ovejas díscolas que penetraban en los sembrados...

Al descender de la falda de un montecillo, Colás hallóse en la vía férrea. El violento machacar de un martillo sobre los rieles, le hizo estremecerse y olvidar la escena que su imaginación adivinaba, escena que con ligeras variantes debía verificarse ante el altar mayor de la parroquia. Un hombre, agachado, daba golpes al hierro, rompiendo los tornillos que sujetaban los rieles. Al reconocerlo, corrió hacia él. Era Jacinto, que destruía la línea del ferrocarril, para que el tren descarrilara y Rosario pagara con la muerte sus desdenes.

El pastor, comprendiendo las intenciones de su amigo, dejó escapar un grito. Jacinto interrumpió su tarea al verse descubierto y se alejó profiriendo feroz amenaza contra Colás.

Horrorizado el pastor, llamó á su amigo:

—¡Ven, Jacinto! No te delataré. Repondremos la vía... No diré nada á nadie... Va á pasar ella, Rosario, y al descarrilar el tren, morirá seguramente... Es una mala acción, muy mala... ¡Jacinto, Jacinto! ¡Vuelve en tí... ¿Dices que quieres á Rosario y deseas que muera?...—

La brisa llevó hasta Colás un bramido ronco, del hombre que huía á toda prisa.

—¡Que muera! ¡Es mi venganza!—

Atribulado y nervioso, Colás, no sabía que hacer. Trató de recomponer la vía, pero fué inútil su intento. El bribón de Jacinto había trabajado mucho, y largo trecho estaba inutilizado. ¡Ir á avisar á la estación! Estaba muy lejos y no podría evitar la ca-

tástrofe... El tiempo pasaba y el tren llegaría dentro de un cuarto de hora, de diez minutos quizás, y Rosario, la mujer en quien cifró su dicha, quedaría horriblemente magullada...

Echó á correr vía adelante al encuentro del tren. Gritaba desesperado sin calcular que sus gritos no podían oírse. Poco después, percibió el silbido de la locomotora y una nube de humo negro que enturbiaba la pureza del espacio.

Su zozobra aumentó. ¡Rosario moriría sin remedio. Rápidamente le asaltó una idea salvadora. Con su cuchillo cortó una rama del árbol más próximo, á la rama sujetó su pañuelo, luego se hirió en el brazo, brotó la sangre y en ella empapó el trapo. Tenía una bandera roja para hacer la señal de peligro: el tren se detendría. Rosario estaba salvada.

Avanzaba majestuosa la máquina del tren, envuelta en densa humareda. Colás sintió que sus piernas empezaban á flaquear... Había perdido mucha sangre... Iba á caer... No podría sostenerse mucho tiempo... ¡Y Rosario! ¿Qué sería de Rosario?...

Llegaba el tren. Hizo Colás el último esfuerzo para sostenerse, las fuerzas le faltaron y se desplomó sin alientos... La bandera roja cayó... No había remedio... Su sacrificio fué inútil... Rosario iba á morir...

Pero el tren se detuvo. Ante el inanimado cuerpo del pastor, un brazo vigoroso sostenía el trapo empapado de sangre, y Jacinto exclamaba con voz ronca:

—¡Que me lleven á la cárcel! ¡He querido matar á una mujer!...—

J. PÉREZ CARRASCO

(Ilustraciones de Moreno Durán.)



BARCELONA MONUMENTAL

UNA DE LAS NUEVAS ENTRADAS AL PUERTO



## CRÓNICA SEMANAL

Como en romances moriscos  
los viejos bardos cantaban,  
cantad, vates novadores,  
poetas de nueva usanza,  
los que, por tener de artistas,  
ya que no caletre, estampa,  
pobre hacéis al peluquero,  
pues que usáis melena larga;  
cantad á Fátima, mora  
tan bella cual lo era Zaida.  
Cantad, que hermosa es cual sueño  
de amantes y dulces ansias;  
su tez, obscura y sombría  
como traición de una ingrata;  
sus ojos cual dos abismos  
que, con su negrura, arrastran;  
sus labios panal de mieles,  
feliz ¡ay! quien las gustara;  
su voz, acariciadora  
cual leve soplo del aura...  
Cantad á Fátima, vates,  
mientras la mora agraciada,  
la que á tierra de Sevilla  
fué para hacerse cristiana,  
sin saber á *do* navega  
hacia tierra mora marcha,  
que, engañada, la conduce  
—¡oh, prosa vil y menguada! —  
¡un *gachó* de policía  
de los que *trincan* los ratas!

\* \*

Y de la carrera de automóviles, ¿qué?  
Nada de particular hasta ahora.  
Solamente diré á ustedes que cerca de Briviesca el auto-  
móvil en que iban, para reconocer la carretera, un duque  
y un conde, chocó contra un árbol y ¡pum!... se hizo polvo.  
La carrera — han dicho — acabará en el primer barrio  
de las afueras de Madrid, en determinado punto de la ca-  
rretera.  
Puede ocurrir que haya automovilista que no detenga  
su marcha en el barrio aquél.  
Y se vaya *al otro barrio*.

\* \*

¡Qué animación en la villa y corte con motivo de las  
fiestas!  
¡Cuántos *isidros*!  
Y ¡qué algazara en la Pradera! ¡Qué gentío por las bu-

ñolerías, y por las casetas y tiendas donde vendían los pitos  
del Santo!

Por allá dió una vuelta el señor Dato,  
pero huyó al poco rato  
porque, como encontró tanta persona  
manejando el silbato,  
se creyó trasladado á Barcelona.

\* \*

En Madrid unos honorables rateros han *limpiado* de una  
camisería mil y pico de pesetas y un sinnúmero de cami-  
sas, calcetines, camisetas, etc.

Y eso ha ocurrido en la Puerta del Sol.  
¡Caramba! ¿Allí, á dos pasos del Ministerio de la Gober-  
nación?

Ya no falta más que oír  
que al propio gobernador  
le han quitado, sin sentir,  
toda la ropa interior.

\* \*

Sánchez de Toca tiene una lógica aplastante.  
Paga el país contribuyente mil millones de pesetas, ¡una  
frio!era!

Y dice que de mejor gana pagará mil trescientos.  
Quedamos convencidos por completo.  
Eso me hace pensar en el sujeto  
al que una muela sin cesar le duela  
y va á que se la arranquen, sufre el susto  
y, al fin, dice al dentista:—¡Esto da gusto!  
¡Sáqueme usted otra muela! —

\* \*

Santiago Rusiñol, el notabilísimo artista, ha ganado un  
éxito grande y legítimo con su drama *Lo patí blau*.

Mucho ha dicho la crítica en elogio de la preciosa obra.  
Pero, *ello no es óbice*—como dicen los cursi-cultos— para  
que yo dedique un encomio más y muy entusiasta al autor  
de *Lo patí*.

\* \*

El bandido Casanova  
vuelve á brillar ante el orbe,  
pues la prensa á todo el mundo  
refiere hazañas del hombre  
que en la cárcel de Coruña  
probó que á él nadie le tose.  
¡Otro Candelas famoso!  
¡El gran asunto, señores  
que escribís despeluznantes  
novelas y folletones!

JULIO MARTÍNEZ LECHA

## VIAJE AL POLO

### La "Estrella Polar" en el mar Artico

CON la publicación del cuaderno 18.º ha terminado la  
muy hermosa narración del viaje que el intrépido  
príncipe Luis Amadeo de Saboya, duque de los Abruzos,  
realizó á bordo de la *Estrella Polar* á las regiones árticas,  
alcanzando una latitud á la que no pudieron llegar los  
más afortunados y valientes exploradores.

De las bellezas descriptivas, del interés y amenidad  
del relato y del valor científico del libro publicado por esta  
Casa Editorial, todo está dicho: baste sólo notar que, en el  
mundo entero, la aparición de la obra del duque de los  
Abruzos ha sido acogida con elogio y aplauso unánimes y  
que todas las naciones cultas esperan con ansiedad la edi-  
ción en su lengua propia.

La versión española, publicada casi al mismo tiempo  
que veía la luz el original italiano, aparece mucho antes que  
las demás ediciones que preparan importantes casas de  
Francia, Holanda, Inglaterra y Alemania.

Fielmente traducida por el doctor Enrique Tedeschi,

que ha seguido en su concienzudo trabajo las instrucciones  
directas del duque de los Abruzos; esmeradamente impresa  
en rico papel satinado, é ilustrada con profusión de artísti-  
cos fotograbados que representan escenas, paisajes y per-  
sonas y que por sí solos constituyen una pintoresca y grá-  
fica exposición del viaje, la obra ha sido presentada con  
todo el lujo y riqueza que corresponde á su importancia.

Por si lo dicho no bastase, contiene además hermosos  
panoramas de gran tamaño, planos, mapas en colores de  
las regiones exploradas y el trazado de la ruta seguida por  
los expedicionarios á través de los hielos hasta alcanzar el  
extremo paralelo en que los valientes marinos tuvieron la  
honra de clavar el pabellón de Italia.

La obra completa en dos tomos, hállase de venta en  
esta Casa Editorial y en las principales librerías á los  
siguientes precios:

En rústica, con artísticas cubiertas en colores, 20 pts. Rica-  
mente encuadernada en tela, con planchas doradas, 25 pts.



# Epigramas

En honor de un general  
dí en mi casa una reunión,  
y un pianista fanfarrón,  
tocó el piano muy mal.  
Y aunque el muchacho es adusto,  
al despedirse aquel día  
me aseguraba que había  
tocado con mucho gusto.

Doña Emilia me ha contado  
que ya el padrón ha extendido;  
como cabeza ha firmado  
su esposo, que es un perdido.  
Y según el padrón reza,  
en casa de doña Emilia,  
el que no tiene cabeza  
es cabeza de familia.

En vez de sellar con lacre  
los sobres, les pone obleas,  
un señor muy partidario  
de las costumbres añejas;  
por cuya razón el hijo,  
que tiene ideas opuestas,  
le dice al padre que ahora  
esas obleas no pegan.

En el pueblo en que vivía,  
con una moza en retozos,  
al sacristán, varios mozos  
sorpndieron cierto día.  
Conocido que era un tuno,  
le armaron el gran jaleo,  
le rompieron el manteo,  
y después, le dieron uno.

Una tienda original  
entre dos locos fundaron.  
Con una razón social  
para los dos, comerciaron.  
Muchos envidiarlos niegan,  
por tener la pretensión  
de ser cuerdos y no llegan  
á tener media razón.

Dicen que está en la agonía  
el mozo que campechano  
en el café me servía;  
yo que fui su parroquiano  
supe su estado funesto,  
porque su mujer, Eustoquia,  
al verle malo, ha dispuesto  
que avisen á la parroquia.

Considerando, Vicente,  
que, si no yerro la cuenta,  
tú has cumplido los sesenta,  
y tu mujer sólo veinte;  
ya que has logrado casarte  
con ella, ten caridad:  
no la llames tu mitad,  
sino tu tercera parte.

Gran cruz, hoy cosa corriente,  
dar á un sabio pretendieron;  
pero por más influyente,  
á cierto fatuo la dieron.  
En lucha con la influencia  
quedó vencido el renombre,  
y un hombre sin excelencia,  
y una excelencia sin hombre.

JOSÉ M.<sup>a</sup> SOLÍS Y MONTÓN



PASATIEMPOS

COMBINACIÓN

BUDANOI

Combinar las letras de modo que resulte el nombre de uno de los principales ríos de Europa.

\* \* \*

ROMBO

5

5 5 5

5 5 5 5 5

5 5 5

5

Substituir los cinco por letras de modo que leídas horizontalmente y verticalmente digan: 1.<sup>o</sup>, consonante; 2.<sup>o</sup>, tiempo de verbo; 3.<sup>o</sup>, nombre de mujer; 4.<sup>o</sup>, río, y 5.<sup>o</sup>, vocal.

THUILLIER Y JERRI

## CORRESPONDENCIA

J. G.—Gerona.—Creo que, fijándose un poco, llegará usted á hacer bonitas historietas. Veremos de utilizar algo de su envío.

P. G. LI.—Valencia.—Están bien rimados y hasta un poquitín sentidos. ¡Lástima que el asunto sea tan vulgar!

A. B.—Sitges.—Todo eso es muy bonito para decirlo en prosa y al oído de la interesada; pero en público y en versos mal medidos! ¡Vade retro!

T. H. C. G.—Insisto en lo de la vulgaridad del tema. Los versos á las ingratas han pasado de moda hace mucho tiempo. Una observacioncita: *martirio* y *mío* no han tenido hasta la fecha el alto honor de ser consonantes. ¡A ver qué dispone ahora Lerroux!

A. C.—Me da el corazón que debe usted ser muy jovencito. Esos versos los hemos hecho todos á los doce años. Y claro ¡no nos los publicaban!

A. H. C.—Madrid.—Recibidas sus *Rimas*. Creo que puede usted hacer cositas mejores. Hágalas y mándemelas. Las *Quejas*, son ¡ay! las mismas quejas de siempre.

P. J. G.—Los tres sonetos están bastante bien hechos y demuestran en usted condiciones de poeta y versificador poco comunes. ¡Lástima que el asunto sea la eterna queja del tímido, dolorido y receloso enamorado!

F. V.—¿No lo dije? Ya tenemos al señor don T. V. con unos versos á A \*\*\* que parten los corazones. Y el caso es que también, como los de don P. J. G., están bien contruidos!

A. P. A.—Recibí sus trabajos y aún con toda mi buena voluntad, no puedo complacerle. Examine usted desapasionadamente la siguiente estrofa, cogida al azar:

«Tú es posible que no te acuerdes  
de la primera entrevista que tuvimos  
que nos confesamos nuestro amor  
y por aquel lazo quedamos unidos»

y si después no confiesa usted mismo que tengo más razón que un santo, para no publicar sus versos, ¡me hago fraile descalzo para purgar de algún modo mi ligereza!

J. J. L.—Torrijo.—¿Ven ustedes? Otro señor que escribe bien, pero que ha elegido el eterno tema del amor no comprendido y olvidado, y que se queda sólo por eso sin ver publicados sus versos. ¿Otro día, eh?

S. R. y R.—Sabadell.—Bueno... pues aguardaremos á que pasen unos cuantos días.

Gabriel de Medina.—Unos *Atomos* no valen la pena y otros son tan sublimes que apenas si se entiende su intención.

F. Giró, impresor. — Calle Valencia, 233, Barcelona.